



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO.

NUESTROS PINTORES
JOSÉ CASADO DEL ALISAL



Para dar justa fama á Casado
La campana de Huesca sonó;
es su firma el *non plus* del mercado;
como que es pintor que ha llegado
donde sólo el talento llegó!

Lit. de Bravo. Desengano 14 y Carbon. 1, Madrid.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Amari, por Eduardo de Palacio.—Penitas, por José Estremera.—El escritor cómico, por Manuel Miroso.—Vale, por Sinesio Delgado.—Observaciones, por Manuel Ossario y Bernard.—Epigramas, por Anónimo.—Espectáculos, por Luis Miranda Borge.—Cantares, por Ricardo Royo y Villanova.—Muestras sin valor, por E. Bosque y Ros.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José Casado del Alisal.—Creus y yo.—Tipos, por Gilla.



La población ha aumentado estos días de un modo extraordinario con motivo de la asamblea de izquierdistas celebrada el miércoles en el Circo de Rivas.

De todas las provincias del Reino llegaron comisiones de hombres públicos, y muchos trajeron a sus esposas para que pudiesen realizar estas grandes aspiraciones de todo provinciano de buena fe: conocer la Puerta del Sol, el Rastro, el Teatro Real y el físico del Duque de la Torre.

Cuando veáis en la calle un hombre vestido de negro, de los pies á la cabeza, con corbata de pintas rojas sobre fondo rosa imitando al sarampión, sombrero de copa en forma de cubo, bastón de concha con puño de plata, guantes de cabritilla color de plomo, y botones de oro y piedras finas en la pechera, podéis decir, sin temor de equivocaros, que aquel hombre es un izquierdista rural de los que han venido á eso de la asamblea magna ó *mana*, como ellos dicen.

Suele acompañarle una señora, gruesa, de pómulos salientes, el pelo remangado y la nariz en forma de escarpia, sombrero de paja negra con amapolas de trapo y gasa azul, manteleta de raso con fleco de seda, vestido de glasé verde claro y mitones negros. Es la esposa del izquierdista trashumante.

—Mira, Sebastiana—le dijo éste el miércoles.—Esta tarde nos juntamos por fin todos los *asambleos*.

—Y ¿qué?—preguntó ella alarmada.

—Tienes que quedarte en la fonda; porque no está bien que los hombres políticos lleven á sus parientas á tratar de la cosa pública.

—Yo no te dejo, López; yo no te dejo; primero me hacen pedazos.

—Pero, ¿te parece regular que vaya á meterte entre aquellas personas de categoría, que la que menos ha estado en Palacio media docena de veces?

—López, los aires de Madrid te han ensoberbecido... ¿Sabe Dios lo que iréis á hacer allí tanto hombre solo!...

—No seas maliciosa.

—Ea, yo voy también... Aquí, en Madrid, hay mucho lío y tú no estás acostumbrado, López. ¿Desengáñate!

López consiguió desprenderse de los brazos de su mujer, y salió á la calle dispuesto á cumplir sus deberes de hombre de partido; pero preocupado con el enojo de su dulce compañera, llegó á la Puerta del Sol, y en vez de meterse en el tranvía del barrio de Salamanca, tomó el del barrio de Pozas, y por sentarse en el banco, se sentó encima de un sacerdote, que le rechazó furioso y quiso sacudirle con la teja.

López fué á colocarse silenciosamente en la plataforma, detrás del mayoral, y cada vez que éste daba vuelta al torno, recibía un porrazo en la boca del estómago, haciéndole lanzar un ¡ay! de dolor.

—¿Falta mucho para llegar al Circo de Rivas?—se atrevió á preguntar, por último.

—No sea V. bruto, hombre—le contestó el mayoral.

—¿No me falte V.!—replicó López todo ofendido.

—Estamos frente al cuartel de San Gil. Tiene V. que tomar el otro tranvía que sube...

López no quiso oír más, y rápido como una flecha, se arrojó á la vía, con tan mala fortuna, que fué á dar con la cabeza contra una señora embarazada, y á poco más ocurre allí una grave complicación.

Cuando acudieron á levantarle dos del orden público, López no era López; más bien parecía un trapo mojado.

Uno de los del orden le aconsejó que entrase en un portal, y entre la portera, su marido y los guardias, se pusieron á limpiarle con escobas hasta ponerle lustroso.

—Gracias, gracias—decía él.

Y en su aturdimiento se enjugaba el sudor con unos paños que tenía la portera para arreglar las luces.

Cuando llegó al Circo, ya había comenzado la sesión; un orador fogoso pronunciaba un discurso trascendental, y López, temiendo haber incurrido en el enojo del presidente, por su involuntaria tardanza, se acercó respetuosamente á la mesa y dijo en voz alta:

—Muy buenas tardes. ¿Están VV. buenos? ¿Y las esposas? ¿Buenas? Me alegro. Pues me he retrasado un poco...

No pudo acabar; un dependiente le cogió por un brazo y empezó á sacudirle como si fuera un peral.

—Que se calle ése—gritó un izquierdista indignado.

—¡Fuera!—añadió otro.

—A la calle—dijo uno de la junta.

—Soy un representante de provincias—murmuraba López.

—A ver, que enseñe los documentos—contestó el de la junta.

López se registró los bolsillos y sacó un paquete.

El de la junta lo desenvolvió; y cuando lo hubo hecho, quiso coger á López y estrellarlo.

En vez de documentos, López había presentado á la asamblea un corsé-faja de su señora, comprado aquella misma mañana.

—Me he equivocado de paquete—decía.

Pero no le valieron disculpas, y de orden superior fué puesto de patitas en el arroyo.

Cuando molido y desesperado regresaba á la fonda, el mozo salió á su encuentro y le dijo:

—No se asuste V., caballero.

—¿Eh?—exclamó López dando un salto.

—Su esposa de V. ha querido inspeccionar los trabajos de la cocina...

—¿Y qué?

—Nada; que se ha caído dentro de la artesa.

—¡Desgraciada!—gritó López.

—Pero ya está mejor—añadió el mozo.—La hemos puesto á secar junto al fogón envuelta en una sábana...

López y su señora salieron ayer para su pueblo, renunciando de Madrid y de las asambleas; pero quedan todavía muchos matrimonios izquierdistas que se dedican á recorrer las calles, visitar los teatros y tomar sorbetes en todos los cafés del tránsito.

La curiosidad que despiertan en mí estos matrimonios, han alejado mi espíritu de los demás asuntos de la semana, y no me queda tiempo ya para escribir la revista de costumbre. Ustedes perdonen.

LUIS TABOADA.

¡AMOR!

Yo no sé si usted sabe,
doña Fabiana,
que me paso las noches
en la ventana.

Mirando á las estrellas
y otros excesos;
que estoy enamorado
hasta los huesos.

Yo no sé si usted sabe
cuánto he sufrido;
que no pago al casero
por un olvido.

Que me muera á pedazos
por la Manuela,
tiple comanditaria
de la Zarzuela.

Yo no sé si usted sabe
que soy tan tierno,
que al ver á una muchacha
me desgobierno.

Que, si Dios no lo evita,
me muera solo
por un mezzo-tiple
que hay en Apolo.

Yo no sé si usted sabe
que sufro tanto,
y que siempre que adoro
es por el canto.

Y cuando ya creía
que descansaba,
me encuentro enamorado
de una de Eslava.

Es una buena mora
de ojos de gloria,
con muy buenos andares
y con historia.

Quiero decir, con esto,
que no es cualquiera,
una desconocida
y sin carrera.

Yo no sé si usted sabe,
doña Fabiana,

algo que me conserve
con buena gana.

Créame usted, vecina,
lo necesito;
porque me encuentro á veces
sin apetito.

¿Se marcha usted, vecina?

—Si usted no corta...

—¿Qué dice usted?—¿Yo? nada,
que no me importa.

EDUARDO DE PALACIO.

PENITAS

*El corazón se me parte
de dolor y sentimiento,
de ver que estás en el mundo
y ya para mí te has muerto,
y ver que hay otro que puede
gozar los ratos aquellos
que debían dar envidia
á los ángeles del cielo,
y ver que vas por la calle
imprimiendo el dulce peso
de tu cuerpo en otro brazo
como en el mío en un tiempo.
Cuando pienso en mi ventura,
cuando en tus traiciones pienso
y en que falsas tus palabras
y mis alegrías fueron;
que como el lago tus ojos
sabían copiar el cielo,
y como el lago ocultaban
sólo podredumbre y cieno,
tal amargura, tal pena
se van entrando en mi pecho,
que el corazón se me parte
de dolor y sentimiento.*

Y te veo por la calle
y ya no corro á tu encuentro,
y paso y no te saludo,
ni hacia atrás la cara vuelvo;
y veo que te echan flores
y que te dicen requiebros
y ya no puedo enojarme
ni envanecerme por ello.
Y eres aquella mujer
que tanto quise en un tiempo
de quien oí dulces quejas
y amorosos juramentos.
Y vives y no te hablo;
si te alegras, no me alegro;
si suspiras, no te escucho;
si lloras, no te consuelo.
Y ya al pasar por tu casa
la miro abierta y no entro
ni miro ya á los balcones
para ver si estás en ellos.
Sabe, si quieres mi pena,
que sufre horrible tormento
al ver que estás en el mundo
y ya para mí te has muerto.

JOSÉ ESTREMEZA.

EL ESCRITOR CÓMICO

En fin, tanto me rogaron, tanto insistieron, tanto porfiaron, tal cúmulo de observaciones descargaron sobre mí, que accedí á que me presentaran en casa de D. Ambrosio.

Hay gentes (de quienes he de hablar á VV. un día que tenga ocasión) que parece no han traído más misión al mundo que la de hacer cadena social, es decir, la de eslabonar unas personas á otras por medio de las presentaciones.

Dos amigos officiosos se habían comprometido á llevarme á comer á casa de D. Ambrosio.

Según pude después colegir, D. Ambrosio y la señora de D. Ambrosio y las niñas casaderas de D. Ambrosio habían corrido la voz entre sus amigos y vecinos de que aquel día tenían á su mesa á comer al celebrado escritor cómico don Juan del Poyo; así es que entre invitados, familia, presentadores y presentado nos sentaríamos á la mesa su docena y media de personas, llamando personas aun á los que menos muestras daban de serlo.

La presentación fué para mí lo violenta que lo son todas, y para aquellos señores motivo de curiosidad y extrañeza; pude sorprender algunas frases que indicaban la impresión producida en algunos:

—Yo creía que era más alto!

—Yo me lo figuraba de más edad!

—¿A mí se me había metido en la cabeza que era más joven!

—¿Pues lo que es á la naturaleza no tiene mucho que agradecerle!

La señora de la casa era la más benévola para juzgarme.

Me miraba y se sonreía como si viera en mi cara escrito alguno de los artículos que entonces me dieron á conocer. Me parecía que en su interior se decía ella: «¿Cómo nos vamos á reir hoy con este hombre!»

Yo estaba atortolado, violento, aburrido, perplejo. No sabía qué hacer, ni qué decir, ni á quién mirar. Me encontraba fuera de mi elemento, de mi familia, de mis amigos, y poco á poco se apoderaba de mí un mal humor indefinible.

Al cabo la señora de la casa dió la voz de «¡ea! señoras, á la mesa!» y nos dirigimos al comedor.

Todos querían tenerme á su lado.

—Usted, D. Juan, aquí.

—No, Juanito, á mi lado.

—No señor, Juan debe ponerse donde la veamos todos.

—Yo creo que me corresponde tenerle á mi derecha, como señora de la casa.

—No haga V. caso, D. Juan, venga V. aquí.

—¿Juan!

—¿Juanito!!

—¿Juanete!!!

Ello es que me senté no sé dónde, y que dió comienzo la comida en medio de un silencio sepulcral.

Mi vecino de la derecha y mi vecina de la izquierda me colmaban de agasajos.

—Esta aceitunita.

—¿Vamos! ¡Esta rajita de salchichón! ¡Es muy bueno! ¡Hoy venden unos salchichones!.... Pero éste....

—¿Más vino, D. Juan, más vino!....

—Parece que está V. triste....

—¿Yo? no señora, ¡no faltaba más!

Y volvía á reinar silencio. Todos me miraban. Unos sonriéndose, otros con curiosidad. Algunos murmuraban en voz baja, de mi sin duda alguna.

Al cabo se rompió el hielo por la pregunta de uno de los novios de las chicas de D. Ambrosio.

—¿Y qué? ¿Se escribe mucho, amigo Juan?

—¡Psh!—contesté—¡para vivir!....

—¡Ah! ¡pero con gracia! Lo que es eso....

—D. Juan es hombre de mucha gracia....

—¿Quién? ¿Juanito? ¿Ya lo creo!

—¿Han visto Vds. su último sainete?

—¿Yo no!

—¿Ni yo!

—¿Ni yo!

—Pues tiene mucho salero. ¡Qué tipos! ¡Qué ocurrencias! ¡Qué chistas! ¡Qué vis!

—Señores... por Dios... me avergüenzan VV.!

—¿Y qué quiere decir vis, Consuelito?

—¿Qué sé yo! Guasa, como dicen en Andalucía.

—Ya, vamos, comprendido!

—VV., los escritores, amigo Juan, estarán siempre de buen humor!

—¿Al lado de VV. no habrá nadie triste!

—Siempre de broma! ¡Siempre diciendo ocurrencias!

—Señora, á veces crea V. que no está la Magdalena para tafetanes.

(Carcajada general.)

—¿Ay! ¡Qué salero tiene! ¡Dice que no está siempre para tafetanes!

—¿Qué chispa!

—¿Qué talento!

—Y vamos á ver. ¿Cómo se las componen VV. para escribir? ¿Qué hacen?

—Pues, mire V., cogemos papel... y pluma...

—¿Ya, vamos, ya! Pero yo pregunto cómo sacan VV. las ocurrencias.

—Quiere decir Lola que si copian VV. de algún libro las ocurrencias.

—Según. Unos sí y otros no.

—¿Ya! ¡Vamos, ya!

—¿Ah! ¡Ya, ya!

(Nuevo silencio.—Pausa.—A mis oídos llega esta frase: «Pues yo, francamente, no le veo la chispa.»)

—Y ahora, Juan, ¿qué trae V. entre manos?

—¿Ahora? Un muslo de gallina asada; pero un poco dura. Carcajada general.

—¿Ay! ¡Qué hombre este!

—¿Qué gracia tiene!

—¿Jesús, qué chispa!

—Haga V. el favor de callarse, que voy á reventar de risa, y me hará daño la comida.

¡Había yo dicho un chiste sin saberlo!

Como tras del Valdepeñas vino el Jerez, y luego el aguardiente del Mono y no sé qué otros menjerges, las cabezas se trastornaron, y al llegar al café (que por cierto sabía á perol más que á Moka) todos se fijaban en mí, todos me hablaban, las niñas de D. Ambrosio me echaban miradas entre tiernas y melancólicas, la señora me daba codazos para llamar mi atención, y los amigos y vecinos me hacían consultas sobre mis opiniones, ó sobre mis gustos literarios.

—¿Quién le gusta á V. más, Juanito? ¿Echegaray ó Pradilla?

—¿Hombre, qué preguntas haces!

—Diga V., Juan. ¿Los actores se han de saber los papeles de memoria?

—¿Y V., por qué no se casa, Juan?

CREUS Y YO



Hoy se despierta pensativo... ¡va á presentar la dimisión!



Lo dicho; ¡de seguro que la presenta!



Mucho lo piensa. ¡Claro! eso de la dimisión es duro de pelar.



Ahora va á ser ella.

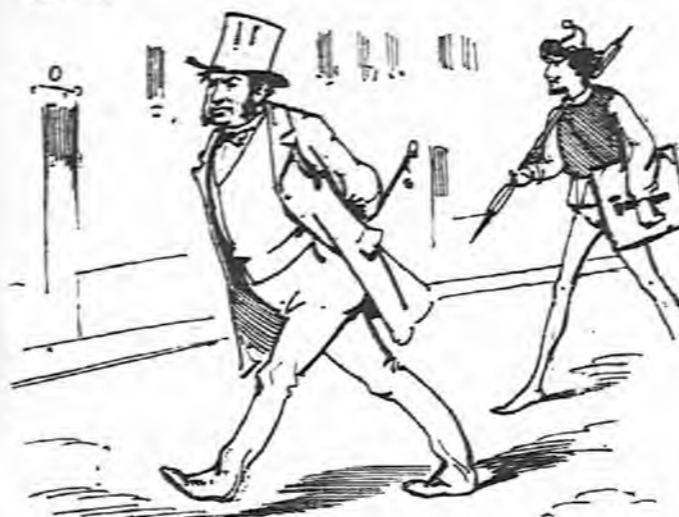


¡Ahora sí que no se va á los trigos!

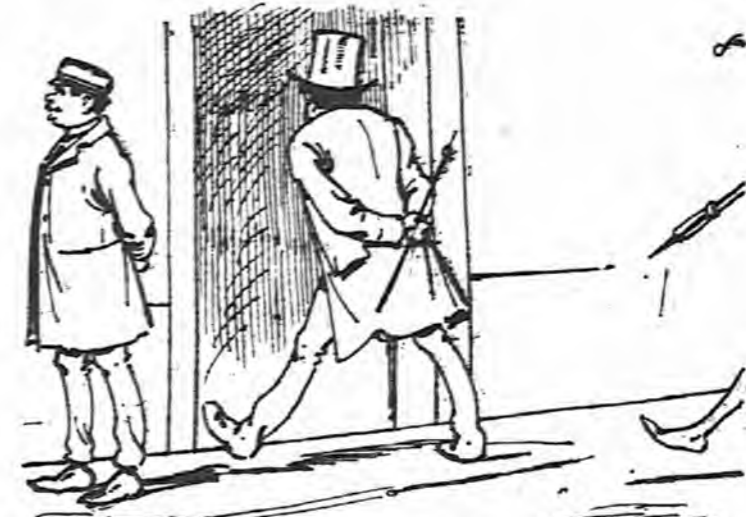


¡Un demonio! Ha resultado la cuenta de la lavandera...

Ed. de Real y...



Va de prisa... ¡Gandeamus! Hoy dimite.



¡Si cuando digo que dimite!



¿A que la redacta sin gramática?



¡Cielos! ¡Una receta de píldoras de cinoglosal...



Pero, señor, ¿este hombre no dimite?



Conste, pues, caballeros, que el Sr. Rector de la Universidad...

—¿Le gusta á V. Grilo?
 —¿Ha leído V. la última revista de Asmodeo?
 —¿Va V. mucho al Teatro Martín? ¡Yo no faltó!
 —Vamos, Juan, no seas perezoso. Léenos algo.
 —¡Eso, eso! ¡Que lea!
 —O que recite alguna cosa.
 —O que diga alguna gracia.
 —Sí, hombre, sí.
 —No se haga V. el chiquito!
 —¿Qué modestia, ni qué calabazas!
 —¡Vamos, háganos V. reír!
 —Si no, ¿para qué ha venido V.?

No pude más.

Me levanté con un pretexto tan indispensable como poco fácil de expresar, y cogiendo capa y sombrero, gané la puerta y bajé de cuatro en cuatro los escalones, huyendo de aquella gente que me había obsequiado con el único fin de que yo lea divirtiera.

No les guardo rencor, en honor de la verdad.

¡Son tantos los que creen que el escritor cómico vive en alegría perpetua!

¡Ay! ¡¡Ojalá!!!

MANUEL MATOSES.

VALS

I.

—Cuidado, María; ¡cuidado conmigo!
 ya sé que esta noche te vas de *soirée*;
 ¡si bailas, te espera después un castigo!
 —¡Por Dios, abuelita!—Lo dicho.—¿Por qué?
 —Porque eso es muy malo. ¡muy malo, hija mía!
 el vals es muy dulce y halaga traidor....
 ¡ay! tarde ó temprano sabrás algún día
 que en todas sus vueltas le sigue el amor.
 —¿Amor? ¡qué bonito!—¿Qué sabes tú de eso?
 —¿Y amor siguió siempre del vals al vaivén?
 —Y empieza al arrullo de grato embeleso
 y acaba borrando la senda del bien.
 —¿Tú al baile no fuiste?—¡Pero es que el moderno
 es obra, hija mía, del mismo Satán!
 ¡Por él las muchachas se van al infierno.
 —¡Pues bailan algunas!—¡Pues todas se van!

II.

—Perdón, abuelita; ya sé que he faltado.
 —¿Qué es eso? ¿qué pasa?—¿Que anoche bailé!
 —¿No sabes que es esa la red del pecado?
 ¡El diablo te lleva!—De sobra lo sé.
 —¿Quién fué tu pareja?—Don Carlos, mi tío,
 ¡es claro! no pude decirle que no....
 ¡El vals es muy tonto, muy soso, muy frío!
 ¡Maldito el pecado si no me gustó!

III.

¿Qué es eso? ¡has llorado? ¿qué pasa? confiesa...
 ¡Te callas! ¡es grave!—¿Que he vuelto á bailar!
 De nuevo, abuelita, falté á mi promesa...
 Alfredo, mi primo, me vino á invitar...
 ¡Qué cosas tan nuevas! ¡abuela del alma!
 ¡bendita la falta si sabe tan bien!
 girando sin tregua se pierde la calma
 y aumenta la dicha según el vaivén.
 El vals arrebató, fascina, enloquece
 y el alma se agita con dulce emoción...
 —¿Lo ves?—¡Ay, abuela! ¡si aquello parece
 la gloria divina!—¡Fatal ilusión!
 —Mi talle en su brazo, decírnme, bien mío,
 su mano en la mía temblando también...
 ¡en qué se distinguen mi primo y mi tío?
 ¡El limbo con uno, con otro el Edén!
 ¿Qué cosa es el baile que affige ó consuela?
 ¡Según la pareja da gozo ó pesar!..
 —¿Y qué? ¿te arrepientes?—¡No temas, abuela!
 ¡lo que es con mi tío no vuelvo á bailar!

SINESIO DELGADO.

OBSERVACIONES

El destrozado Gaspar dice siempre, sin ambages, que tiene dos ó tres trajes en casa sin estrenar. Y son sus humos fundados.

como la malicia prueba, porque los trajes que lleva suele comprarlos usados.

Pintor de brocha hoy en día.

afirma con osadía que es todo un pintor de historia... como que la policía le conoce de memoria.

Al mirar á cierta hembra dijo entredientes don Blas: No quisiera yo perder lo que esa sale á buscar.

El otro día en el Rastro vi vender un abanico.

con versos de Trusba y Serra, Rubi, Campoamor y Grilo. Y decía el comerciante: «El varillaje es magnífico; con un país de dos reales, queda un hermoso abanico.»

—Diga usted, ¿por dónde iría más derecho al Saladero?
 —Es bien sencillo, á fe mía, robe usted esa plistería y en el se hallará ligero.

M. OSSORIO Y BERNARD.

EPIGRAMAS

I.

Sólo un clavo heredó Bravo de su tío, sin quejarse; pues dice que al fin y al cabo habiendo heredado un clavo no le falta á qué agarrarse.

II.

A un hortera malicioso dijo ayer cierta modista: De parte de mi maestra que me de usted la puntilla.

III.

Con esta frase termina Sinesio todas sus cartas: «No puedo extenderme más.» ¡Y escribire siempre en la cama!

IV.

Se examinó Ruiz, el manco,

y tan mal, sin duda, lo hizo, que le dieron un *suspense* de padre y muy señor mío. —Lo esperaba, dijo Pepe, comentando la ocurrencia, que el tal Ruiz no sabe dónde tiene la mano derecha.

V.

—¡Usted por aquí, don Juan! ¿Y á qué milagro se debe? —Pues... eché la tarde á perros y he venido á ver á ustedes.

VI.

Segundo, con gran razón se llama así á lo que infiero, pues casó con Asunción, y ni en aquella ocasión consiguió ser el primero.

ANÓNIMO.

ESPECTÁCULOS

ESPAÑOL: *Corazón de hombre*.—LARA: *El último tranvía*.

Hace unos cuantos meses publicaron todos los periódicos unos sueltitos procedentes, al parecer, de contaduría, anunciando que un conocidísimo autor había presentado al Español y la Comedia respectivamente, dos obras dramáticas, basadas en la misma tesis y defendiendo en una lo que atacaba en otra.

El autor, según las señas, es el Sr. Novo y Colson; las obras, *Corazón de hombre* y *Hombre de corazón*; la tesis, el divorcio.

Una de ellas (de las obras) se ha estrenado con gran éxito en el Teatro Español hace pocos días.

En *Corazón de hombre* pretende el Sr. Novo probar que hace muchísima falta el divorcio, y que mientras no se establezca no podrán vivir tranquilamente los caballeros á quienes haya engañado su esposa y se enamoren después.

Como se ve, el asunto se presta y es interesante *de suyo*.

Fernando se ha casado, vamos á suponer, porque al escoger compañera creyó buenamente encontrar un ángel. La señora le salió un demonio, cosa vulgar y corriente, y el marido ultrajado la abandonó en *brazos del vicio* corriendo á buscar consuelo en la amistad. Murió el amigo, dejó una huérfana, y quedó encargado de su tutoría y educación el compañero fiel que se había albergado en su casa. Creció la niña, llegó á ser un portento de virtudes... y de precocidad, cosas ambas que demuestra palpablemente en el trascurso del drama.

¿Qué había de suceder? El tutor se enamoró como un loco de la pupila; ésta acabó por adorar al tutor. Aquí del conflicto. La felicidad se presenta de nuevo ante Fernando con el sabroso aliciente de los obstáculos insuperables.

Roma niega el divorcio, la mujer adúltera se pasea del brazo de un tahir que la roba á las barbas del marido, el Código... casi perdona el doble asesinato en estas circunstancias, el mundo aplaudirá seguramente... ¡hay que cortar el nudo! Y se hubiera cortado al final del segundo acto, después de un soberbio monólogo, si entre el puñal y las víctimas no se interpusiera una niña que da lugar al tercer acto.

Al fin y al cabo, sucede lo que tenía que suceder. Fernando salta por todos los obstáculos, mata al sustituto y huye con la mujer amada, dejando viva á su esposa por el gusto de extremar la situación y de que el mundo señale con el dedo á la que va á ser su manceba. Con esto lleva una ven-

taja: si esta segunda vez se equivoca, que nada tendría de extraño, dado el carácter de la niña, no tiene que molestarse en pedir el divorcio ni en gritar contra las leyes sociales.

Corazón de hombre tiene, en su desarrollo, grandes bellezas y no pequeños defectos. Inverosímil en muchos detalles, tiene situaciones bien preparadas y de gran efecto; el diálogo es elevado, sin rayar en lo falso; hay toques viriles y enérgicos, y están bien sostenidos los caracteres...

Todo el drama está basado en una inverosimilitud de primer orden. Nadie en el mundo, en el caso de Fernando, continúa viviendo como él lo hace, al lado de la adúltera y de su *adltere*. ¿Qué trabajo cuesta cambiar de fonda, de población, de continente, si es preciso?

Se necesita, en todos los personajes, un cinismo que raya en lo temerario. Verdad es que sin este requisito ¡adiós drama!

La ejecución, en la noche del estreno, admirable. En primer término Vico y la Tubau á gran altura; Cirera, Catalina, la Zapatero, muy bien. La ovación fué grande y merecida.

Sin embargo de esto, el público no acude como era de esperar. ¿Consistirá en que no siempre trabajan los buenos actores con el mismo entusiasmo?

El último tranva es un pasillo cómico-lírico, letra de los Sres. Blasco y Palacio (D. Ricardo y D. Angel respectivamente; no se vayan VV. á figurar otra cosa) y música de dos maestros que se ocultan bajo un pseudónimo.

La cosa pasa en la Puerta del Sol entre doce y una de la madrugada, y es un desfile de tipos presentados con mucha gracia. El pie forzado del asunto perjudica, es cierto, á la verosimilitud y al desarrollo de la acción; pero esto es perdonable, porque de lo contrario no habría pasillos cómicos.

La versificación es fácil y fluida, hay tipos deliciosamente dibujados y escenas repletas de *sprit*. La obra dará dinero seguramente.

Fueron muy aplaudidos: una escena en que se saca partido de los títulos de los periódicos, un número que cantan Mesejo y Arana, multitud de chistes sembrados en el juguete, y sobre todo el tipo de una persona muy conocida en Madrid y admirablemente caracterizado por Romea.

Una noticia, para concluir.

Se está poniendo en escena, ó va á ponerse (no estoy seguro) en el Teatro de Madrid, *La morja sangrienta ó las cacumbas de Roma*. ¡Olé, salero!—LUIS MIRANDA BORGE.

CANTARES

Del sol toma luz la lana,
del sol toma luz la tierra;
y al sol le prestan su luz
los ojos de mi morena.

Tienes los cabellos de oro,
los pendientes de azabache;
si fuese al revés, valdrías
mucho más de lo que vales.

Si, como dicen, son perlas
los dientes que tiene Carmen,
digo que en toda mi vida
he visto perlas tan grandes.

La boca de mi morena,
qué es como un piñón menudo,
tiene de larga diez pies,
pero diez pies de los suyos.

RICARDO ROYO Y VILLANOVA.

MUESTRAS SIN VALOR

Conozco yo un viejo-facha
que frisa en sesenta y ocho
y está por una muchacha
chocho, chocho, chocho, chocho,
¡pero qué chocho!

Conozco á una morenita
que es más lista que Cardona
y que tiene una carita
mona, mona, mona, mona,
¡pero qué mona!

Conozco yo un matrimonio
que tiene siete chiquillos,
todos de piel del demonio,
pillos, pillos, pillos, pillos,
¡pero qué pillos!

Tiene una mujer muy bella
el zapatero Juan Lobo;
deja á su primo con ella...
bobo, bobo, bobo, bobo,
¡pero qué bobo!

R. BOSQUE Y ROS.



Un chico de Antequera
cuando llueva se pone la chistera.

y un individuo natural del Congo
cuando se oculta el sol se pone el hongo.

Hay diversas costumbres, caballeros,
en esto de ponerse los sombreros.



No sé si se acordarán VV. de aquel Luis López de mis pecados que nos dió la castaña con una composición que no era suya.

Bueno, pues además del distinguido colaborador madrileño que nos favorece con frecuencia y que se quejó de tener el mismo nombre y apellido, ha aparecido otro Luis López, de Cádiz, que también, como es de suponer, pone el grito en el cielo.

Conste, pues, que tampoco es éste aquel López.
¡Y mala bomba aplane al primero!



Yo me arrimé á un pino verde
por ver si me consolaba;
y como ellos son así,
no me quiso decir nada.



El libro de nuestro amigo D. Francisco Pedregal, cuyo título es *Gimnástica civil y militar*, ha sido declarado de texto en la escuela de carabineros.

Al menos lo he leído no sé dónde.

¡No podía suceder otra cosa!

¡Como que le habíamos dado un bombo!



El ilustre crítico y distinguido colaborador nuestro, don Leopoldo Alas (*Clarín*), ha tenido la desgracia de perder para siempre á su señor padre D. Genaro Alas y Suárez, muerto en Oviedo el día 24 de noviembre.

Acompañamos á nuestro amigo en su justo dolor.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- Sr. D. C. T.—Madrid.—No sirve, palabra.
Sr. D. M. F.—Barcelona.—No están mal hechos, pero, ¡si viera V. qué difícil es que eso cuaje!
Sr. D. A. O.—Madrid.—¡Fuertecito!
Sr. D. T. B.—Madrid.—¡Malitos!
Sr. D. J. G.—Almería.—Hombre, estoy por publicar algunas cosas de esas para que la maldición de la Providencia le alcance hasta la cuarta generación. ¡No he visto nada peor! ¡Está V. chifado!
Sr. D. A. R.—Madrid.—V. lo hace bien, ¡pero busca siempre unos asuntos tan gastados!
Sr. D. A. R.—Barcelona.—Tiene intención y gracia, pero está descuidadísimo en la forma.
Sr. D. C. E.—Bilbao.—¡Uf! ¡Qué largo!
Sr. D. M. M.—Madrid.—Pero, ¡V. está seguro de haber remitido algo! ¡Porque yo no veo más que puntos suspensivos!
Sr. D. J. S.—Madrid.—Todo es algo flojo.
Sr. D. F. R.—Madrid.—¿Y quién ve la punta? ¡Por algo se escamaba V.
Sr. D. M. C.—Madrid.—¡No me toque V. á la marina!
Sr. D. M. G.—Granada.—Aquí se juzga siempre con absoluta imparcialidad; la prueba es que me han gustado sus composiciones en el fondo, ¡si no abundaran en incorrecciones de forma!
Srta. D.^a L. A.—Zaragoza.—¡Guasonico me sois! ¡A buena parte vais!
Sr. D. T. F.—Madrid.—No está mal, pero es muy serio. *Hala, ¡ucha* se escribe con h. Es costumbre.
Sr. D. E. T.—Madrid.—Gracias, alumno. ¡Hágote célebre!
Sr. D. O. D.—Madrid.—¡Muy malo!
Sr. D. R. V.—Madrid.—Medianillo.
Sr. D. R. R.—Madrid.—Vuelvo á decir que no me toque V. á la marina.
Sr. D. J. V.—Zaragoza.—El segundo, que es el mejor, es más picante que una guindilla.
Sr. D. R. S.—Barcelona.—Escribiré.
Sr. D. J. L.—Madrid.—¡Otra guindilla!
Sr. D. F. G.—Madrid.—No puedo, vamos... ¡no se meta V. en calzetines!
A mi discípulo.—Cada vez mejor, ¿estamos? ¡Animo, que falta poco!
Sr. D. J. B.—Gao.—Incorrecciones... ¡muchas!
Sr. D. F. M.—Barcelona.—Pero hombre, ¡eso es muy largo! ¡Una barbaridad de largo, como diría el otro!
Sr. D. L. G.—Madrid.—Muy bonito pensamiento.—Publicaría su composición si no estuviera tan descuidada la forma.
Sr. D. E. B.—Granada.—Digo casi lo mismo.
Sr. D. A. Z. (La primera y la última).—Madrid.—No me gusta. Ni á nadie, estoy seguro.

TIPOS



Se asegura que vive de una renta
que nadie ha conocido,
y el chico en todas partes se presenta
bastante bien vestido.
¡Cualquiera da en el quid
de estos raros misterios de Madrid!

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes, y en
provincias no se admiten por menos de seis meses.
No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, *Castellana de los Ángeles, 7, pral.*
DESPACHO, TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

GRAN SURTIDO

Lámparas de comedor, sobremesa y de cimiterio, precios económicos.

Latas de petróleo superior, á domicilio.

MADRID, Plaza de Herradores, 12.
MARÍN

SEÑORAS, NO MÁS FRÍO

Manguitos de 2 á 30 pesetas; especiales en pieles de oposum, linco, blero y otros, sin competencia.

DEPÓSITO

ATOCHA 19 y 21.—Los Tiroleses

COLEGIO DE ISABEL LA CATÓLICA

CALLE DE LOS CAÑOS, 4, PISOS PRINCIPALES

Tiene á su frente á los antiguos Directores del COLEGIO DE BEJAR, y posee los gabinetes más completos y el mejor material de enseñanza de Madrid.

Primera y segunda enseñanza completas y preparación para carreras especiales.

El Colegio está abierto todos los días laborables, y en él se facilitan reglamentos y referencias de multitud de padres de familias.

GRAN GIMNASIO HIGIÉNICO MÉDICO
Plaza de Santa Catalina de los Donados, núm. 2

DIRECTOR: D. EMILIO CASTAÑÓN

Se halla surtido de los mejores aparatos de España y del extranjero. Hay corrientes eléctricas, duchas y sala de armas á cargo del reputado profesor de esgrima del Centro Militar, D. Pedro Carbonell. Sírvese el público visitar el establecimiento.

COMPANIA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 3

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

PIANOS

verdaderamente artísticos.—Ventas al contado y á plazos, alquileres, cambios y reparaciones.

33, Montera, 33, primer piso

GRAN ESTABLECIMIENTO DE E. GALLEGOS

PEINETAS DE NOVEDAD EN CELULOIDA

Es una pasta que sustituye ventajosamente á la concha, en color rubio ó jaspeado, con la inmensa ventaja de que son *inrompibles*. Gran surtido y variedad de dibujos, pudiéndose hacer toda clase de encargos, en las formas y tamaños que se pidan.

Perfumería de Pezra, Carmen. 1